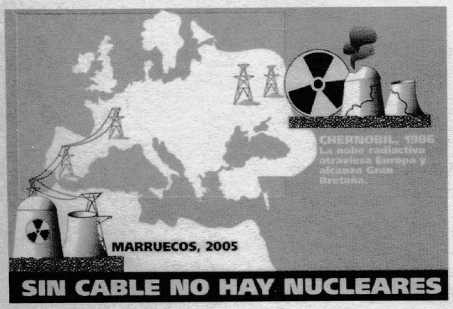
¿SUEÑOS O PESADILLAS?

Mar Villaespesa

A lo largo de los dos últimos años, los habitantes de las comarcas del Campo de Gibraltar y La Janda (en la provincia de Cádiz) hemos visto cómo nuestro entorno comenzaba a deteriorarse a pasos forzados, lo que —de manera muy expresiva— se dice de la noche a la mañana. Algunos de nosotros que, afortunadamente, no hemos perdido aún la capacidad de sorprendernos, comenzamos a cavilar sobre estos cambios tan bruscos como sigilosos; bruscos por el impacto que producen y sigilosos porque nadie sabía cómo se estaban produciendo. Una vez más los cauces participativos del sistema democrático brillaban por su ausencia, una vez más la administración era una barrera, una vez más la política de hechos consumados se imponía. Para contrarrestar el estado autista y amnésico que el sistema propicia para los ciudadanos, un grupo de personas tratamos de analizar la situación, los problemas, y abrir debates públicos, en un intento de fortalecer el débil tejido social de nuestra comunidad. Nos remontamos a fenómenos sociológicos y urbanísticos de la zona en esta última década; recordamos, a mediados de los 80, la «lucha» por el PGOU de Tarifa tratando de que se urbanizara lo menos posible la escasa franja de litoral español todavía en estado «salvaje». Y más recientemente la llamada «guerra del cable» motivada por un proyecto de Red Eléctrica de España de interconexión España-Marruecos a través de un cable de alta tensión entre las dos orillas, que acabó con el sometimiento de la población de Tarifa, por medios policiales y crematísticos, para acallar las voces diferentes a los intereses empresariales. Y también recordamos, antes, la desecación de la laguna de La Janda (puente vital entre las marismas del Guadalquivir y los humedales de Marruecos), en los años 50, provocando lo que podríamos considerar el inicio de la crisis ecológica terminal de la zona.



Postalfree de la campaña contra el cable.

Ahora se trata de «los molinos», como les llaman, eufemísticamente, los que quieren minimizar el impacto de los gigantescos aerogeneradores. O «los parques eólicos», nombre que al invocar a la naturaleza y a uno de los dioses de la mitología simula un respeto por el entorno y la cultura, pero creo que tendremos que esperar a ser mutantes para que nos resulte un gozo hacer *picnic* bajo un árbol de tronco de acero y unas aspas por ramas que no albergan nidos de pájaros sino que trocan el sonido del viento por un ruido ensordecedor en muchos metros a la redonda.

Las torretas de acero de gran altura, con aspas de más de 45 metros de diámetro, han comenzado a bajar, cual gigantes enloquecidos de las crestas de los montes, diseminándose desde su enclave original (a lo largo de esta década muchos habrán visto el primer parque eólico en

Simulación (fragmento) del paisaje de La Janda según los proyectos eólicos.

Imagen de campaña de la Plataforma Vecinal.

la zona, desde la carretera de Algeciras a Tarifa, casi a la entrada de esta población), invadiendo valles como el de la Vega o el de Guadalmesí (en el Estrecho de Gibraltar), y las tierras de labor entre Tahivilla y Zahara de los Atunes. El inicio de un plan que lo mínimo a cuestionar sería su escala monstruosa[1], además de la desinformación, como viene siendo una constante tanto en tiempos de guerra como de paz. Mientras tanto, los *media*, prolíficos siempre en debacles para entretener y legitimar el sistema que se alza como protector de las mismas catástrofes que provoca, informan de uno de los grandes desastres ecológicos en nuestro país: la contaminación de la cuenca del Guadiamar, provocada por los vertidos tóxicos de las minas de Aznalcóllar, poniendo en peligro el ecosistema de uno de los parques naturales más importantes de Europa, Doñana.

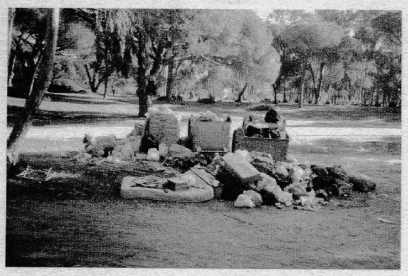
Ante el estado de las cosas, se organiza la Plataforma Vecinal de La Janda y Campo de Gibraltar por una planificación democrática de las centrales eólicas y las líneas de alta tensión. La administración calla, o se pasa la pelota de la local a la autonómica o viceversa, o de un grupo político a otro según su posición en el poder o en la oposición; las empresas eléctricas[2] atacan aunque sea esperando que se cansen las voces reivindicativas, sabiendo de la debilidad económica del «enemigo», simples ciudadanos de a pie. En este clima, ¡qué menos! que organizar una campaña para motivar a los difrentes grupos sociales afectados; parte de la misma fue la celebración de debates en Tarifa, Facinas, Zahara, Vejer y Conil.

El desgaste de calle se contrarresta compartiendo las ideas y experiencias de otros que tanto desde el activismo (grupos organizados en California o en Alemania, en Navarra o en Galicia) como desde el campo de la sociología, la filosofía, la ciencia, la literatura o las artes plásticas se empeñan en cuestionar los modelos que el sistema impone en la relación cultura-entorno. Entre ellos el pensamiento del filósofo Félix Guattari para el que el ecologismo no puede ser real y efectivo si sólo atiende a los aspectos de deterioro medioambiental, ya que una revolución ecológica sólo puede llevarse a cabo si va unida a una imprescindible revolución cultural y sociopolítica[3]. O la enseñanza del profesor Ramón Margalef desde su cátedra de Ecología en la Universidad de Barcelona[4].

Desgraciadamente, la ciencia de la ecología está siendo tan instrumentalizada por el poder dominante, cuando no demonizada al descalificarse indiscriminadamente a grupos ecologistas como «colgados», o cuando no malinterpretada y desgastada la palabra que la denomina, ya que en la mayoría de los casos no se utiliza como la ciencia que estudia las relaciones en el seno de los ecosistemas y las relaciones entre la vida animal, la vegetal, el medio ambiente y el ser humano. Y es, precisamente éste, y nuestra propia subsistencia como especie dentro del ecosistema global, el que más se olvida tanto por la administración pública como por parte de los sectores más retrógrados y oficialistas del ecologismo[5]. La banalización del término ecología es cada día mayor, sobre todo desde que ha entrado en el mercado, en la gestión,

en la dinámica de consumo; se gestionan los desastres naturales provocados por el hombre o más bien por el sistema capitalista neoliberal, se consumen excursiones o viajes a los parques naturales, se destruye la naturaleza para construir AquaParks o Islas Mágicas cuyo imaginario está centrado en el consumo. La ecología se ha institucionalizado, ha comenzado, en estos últimos años, a formar parte de los grandes discursos de las democracias occidentales; un término que junto a «medio ambiente» ha perdido su significado: nos avasallan con el marketing verde; con propaganda por correo del tipo «Euroenseñanzas de Formación Profesional. Técnico Medioambiental» (igual que antes nos encontrábamos en el buzón con el técnico en fontanería o alguna que otra enseñanza sobre oficios que tienen como función reparar); o con artículos en revistas semanales sobre los ecoprofesionales y los sueldos verdes; o como dice uno de los personajes de una viñeta mordaz de El Roto «en la zona verde pondremos casas de ese color»; o con el día de los bosques —el 21 de marzo se celebra una jornada mundial para reivindicar la recuperación y defensa del patrimonio forestal del planeta—, lo que en la práctica se puede traducir en: «no cambiemos ninguna política contra la desforestación pero dediquémosle un día y así nos lavamos la mala conciencia», como cuando deciden implantar el día del niño o el de la mujer, y como pronto veremos, el del emigrante.

La gestión que desde las administraciones se quiere imponer sobre el medioambiente está totalmente desprestigiada para un gran sector crítico, como expresa este comentario del periodista y escritor Manuel Rivas: ...«*Esto es a día de hoy el Ministerio de Medio Ambiente en España. Una cosa enigmática, una barrera arquitectónica, donde dicen que mandan los "cementadores". También hay una contaminación conceptual. Y algún día habría que hacer un Informe de Impacto Ambiental de los informes que salen de ese ministerio*»[6]. Recientemente la prensa anunció que Isabel Tocino presentó en Sevilla la Fundación Centro de Estudios y Conservación de la Biodiversidad... sé que puede parecer un chiste fácil pero leí «de la Adversidad». Nunca ha habido tanta atención pues nunca había habido tanta destrucción. La relación no es azarosa sino causal; ya sabemos que para el sistema es rentable la destrucción en cuanto supone inversiones para la reconstrucción, para poder reparar los daños. Como una guerra más. Y como se puede deducir de titulares de prensa del tipo «La UE aprobará en junio 18.000 millones para sanear Doñana»[7].



Modelo «cabaña finlandesa» en Parques Naturales andaluces.
Zona recreativa de un Parque Natural.

Desde el campo de la filosofía, entre otros de los apoyos para sobrellevar la «lucha», hemos aprendido de la lectura de *El contrato natural* de Michel Serres[8], sobre todo por sus comentarios al final del capítulo «CienciaDerecho». Un comentario, por otro lado, con el que es fácil identificarse pues quién no, en diferentes momentos de la vida, más o menos recientemente, ha pasado por los tran-

ces que menciona. Pero también porque Serres plantea esas dos caras recíprocas de la realidad, la de la adversidad con toda su crudeza e intensidad y la de enfrentarse a ella, de lo cual se extrae la fuerza para combatir, o al menos sobrellevar, las miserias de la vida: las carencias, los accidentes, la enfermedad... y buscar vías de aprendizaje, de conocimiento, de experiencias para proseguir y «zarpar», siempre zarpar. Escribe Michel Serres:

«Debemos conocer nuestra finitud: llegar a los límites de un ser no infinito. Necesariamente tendremos que sufrir, enfermedades, accidentes imprevisibles o carencias, debemos fijar un límite a nuestros deseos, ambiciones, voluntades, libertades. Debemos preparar nuestra soledad frente a las grandes decisiones, a las responsabilidades, a los otros que crecen en número, al mundo, a la fragilidad de las cosas y de los próximos que hay que proteger, a la felicidad, a la desgracia, a la muerte.... ...Al mismo tiempo, debemos aprender nuestra verdadera infinitud... El cuerpo puede hacer más de lo que uno cree, la inteligencia se adapta a todo. Despertar la sed insaciable de aprendizaje, para vivir lo más posible de la experiencia humana integral y de las bellezas del mundo, y proseguir, algunas veces, por la invención, ese es el sentido de zarpar».

Viñeta de El Roto publicada en El País.

Es ese deseo de proseguir continuamente —como el pescador que no ceja (aunque ya no se pesca nada) y, una y otra vez, va a la playa a echar la caña no sólo en una actitud estoica (a ver si pican) sino para contemplar el ámbito donde habita ese pez inalcanzable— el que ha motivado a José Luis Tirado tanto en la acción como en la invención. También fueron como lances de pesca los que nos llevaron a articular juntos una campaña (entre otras muchas actividades de la Plataforma Vecinal de la Janda y Campo de Gibraltar, y debates con un gran número de personas) en la que el diseño de una camiseta y la escritura de un texto nos «aliviaban» de una situación ante la que no se debía ser pasivo. La camiseta simplemente reproducía el pictograma con el que los grupos de empresas eléctricas representan la alta tensión; se trataba de la apropiación de un dibujo, debido a lo explícito del mensaje visual (la muerte por electrocución); es decir, se trataba de usar las armas del «enemigo» para desarticular una estrategia de doble moral, tan usual, por otro lado, en los sistemas democráticos. Y es la doble moral lo que subyace principalmente en el tema de la llamada «energía eólica» como una de las energías alternativas, ya que no es nada transparente el monto del negocio de la misma, la captación de las subvenciones o la falta de rentabilidad de dicha energía. La camiseta y el texto como resistencia ante el orden vigente y un intento más tanto de interaccionar con el mundo como de entenderlo; también como negación[9] a una realidad que nos quieren imponer.

NO QUEREMOS vivir en una central eléctrica
No queremos caminar por un bosque de cables y torres, estar rodeados de un futuro de chatarra, de basura en el desierto que avanza.
No queremos perdernos en un bosque en el que la espesa incertidumbre no deja traspasar ninguna luz de futuro. QUEREMOS SENTIR en las fronteras el deseo de volar: *¿cómo sabes que el pájaro que cruza el*

aire no es un inmenso mundo de voluptuosidad, vedado a tus cinco sentidos?, escribía William Blake.

El ángel de la modernidad DESPLIEGA LAS ALAS convertidas en aspas como guadañas. Tiempo de confusión, tiempo **sin luz**.
El tiempo y la luz, que a veces se deslizan plácidamente por las estaciones con pasos menudos y cautelosos, ahora se apelmazan, GIRANDO violentamente, de arriba a abajo, de un lado a otro, con lances gigantes, generando SOMBRAS espectrales.

Árboles para combatir una catástrofe ecológica

La Naturaleza como abstracción numérica.

No queremos vivir como quien nada solitario en el mar, frágil, en horas de tránsito, despojado de las propias ropas, a veces de la misma piel, con el cuerpo frío, hinchado, elevándose por encima del rompiente de las olas.
Creíamos que, con suerte, un golpe de mar nos llevaría a algún lugar con el que soñamos porque en el que estamos ya **no nos dejan** dormir.

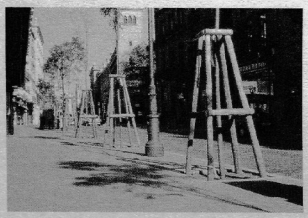
Imaginamos un encuentro, o un RECONOCIMIENTO, y llega otro golpe,
que vuelve a cambiar nuestro rumbo, no podemos pensar *iré adonde quiera ir*.

NO QUEREMOS que sean fuerzas impuestas las que rijan nuestros movimientos y destinos.

No queremos ser extranjeros en una tierra EXTRAÑA (Exodo, II)
Queda retener lo que guardamos de la vida, la memoria de lo que somos, para preservarla, así, del olvido.

Junto a la faceta activista se codea esa otra, la de la invención. «Zarpar por la invención» es la otra faceta que ha emprendido el escultor José Luis Tirado y que ha combinado a lo largo de su trayectoria, acumulando el bagaje que desde la militancia en la lucha antifranquista en Madrid allá por los años setenta, a los aprendizajes y andanzas con compañías de teatro ajenas y propias: TEI/ La Traca, al diseño gráfico y a la dirección de arte de *La Luna*, le llevaron, a través de la expresión artística, a la pintura, hasta llegar al terreno de la escultura pisando ya la tierra donde reside desde principios de esta década —concretamente en San Ambrosio, una pedanía rural en el corazón del parque natural de La Breña y Marismas del Barbate—. Ahora, viendo cómo se deteriora el entorno cercano, y también el lejano pues es parte del mismo problema (Chernobil o Doñana, las inundaciones de Badajoz o la contaminación del río Barbate, el vertido de petróleo en el mar del Norte o la amenaza de extinción sobre el bosque Laurisilva en la provincia de Cádiz, por incendios, especulación y tendidos eléctricos), y creyendo que hay que atender a lo local como manera más operativa de actuar sobre lo específico tanto de los temas como de los espacios a redefinir (compartiendo el pensamiento de quienes afirman, entre ellos José Saramago o Sami Naïr, que la cultura no debería ser global, o que aunque la civilización occidental se ha hecho mundial las culturas, de ahora en adelante, serán locales) se ha centrado en articular una obra generada por el contexto que habita y motivada por la implicación y relación con el lugar.

Los debates, las horas de presencia y argumentos en los medios de comunicación, el diseño de campañas como la de la Plataforma, en definitiva tanto el «cabreo» como la reflexión, han llevado a José Luis Tirado, a lo largo de estos dos años, en ese espacio de la invención, a desarrollar unas obras en las que se articulan y resignifican las relaciones entre naturaleza y artificio a la vez que ponen en cuestión el actual «diseño» de la naturaleza por parte de las políticas medioambientales regidas, a nivel internacional, tanto por el pensamiento único como por el modelo económico de mercado «monoteísta» (como lo llama Carlos Fuentes) y los intereses de la globalización. Es obvio que, especialmente en esta última década, se está utilizando la naturaleza para legitimar los intereses del mercado que están dando a la misma no un valor de uso sino un valor de cambio, como un objeto de consumo más. Ello es parte de un proceso que empieza con el nacimiento de la época industrial en el siglo XIX, cuando se crearon los primeros parques naturales para «proteger» la naturaleza al iniciarse la escalada de destrucción de la misma, y que está en pleno apogeo con el ecocapitalismo actual.



Calle del centro de Sevilla.
Calle de la periferia.

Los espacios protegidos, cercados, se asemejan cada vez más a espacios de confinamiento donde todo, incluido uno, está controlado; más que parques naturales los deberían llamar cárceles naturales. Esos parques que nos despiden como si asistieramos a unos grandes centros comerciales: *Gracias por su visita*, se lee en la parte de atrás de unas pancartas en serie instaladas en el Parque Natural de la Breña. Queda esperar que en el futuro no nos den las gracias por altavoces; eso sí, si llegara el caso estarían colgados de algún mecanismo que simulara alas de pájaros.

La naturaleza difusa

Las obras, bajo el título *Espacio Protegido*, parten de unas ideas cercanas a lo que bien expresó Thomas Bernhard en *Extinción,* que, a su vez, bien sirven de cita introductoria para el capítulo *La naturaleza como mentira* del libro *La construcción de la naturaleza*, un ensayo tan claro como completo y crítico sobre el tema[10]: «*No hay ya naturaleza. Seguimos partiendo de la contemplación de la Naturaleza, cuando hace ya tiempo deberíamos partir sólo de la contemplación del artificio*».

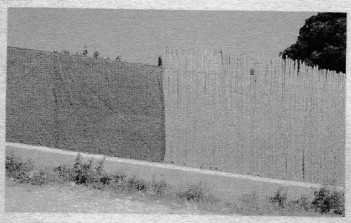
No es ya que no nos importe que lo que llamamos «el campo» esté ocupado por montones de coches convertidos en chatarra, ni cercado por vallas de somieres oxidados como parte de una actuación de reconversión y de apropiación de materiales industriales para unos usos rurales y domésticos, que si bien ponen en contradicción nuestros gustos convencionales, se trata de unas actuaciones individualizadas (como mucho imitadas por los vecinos) de una escala tan pequeña como local, algo que no tiene el alcance contaminante y destructivo de lo que está acaeciendo, en la actualidad, por la imposición de la mentalidad que genera el modelo de la economía de libremercado. O como expresa el filósofo Agustín García Calvo, una mentalidad que está reduciendo álamos, pinos, lagartijas o tierra a la vacía miseria del cómputo y de la abstracción, trocando la riqueza material y palpable por las abstractas fantasías de la contabilidad y los proyectos.

No ignoramos que desde los albores de la civilización, con el nacimiento de la agricultura, hay una manipulación por parte del hombre —la selección de semillas, la roturación de la tierra, etc.— produciéndose cambios en los cursos o procesos naturales que responden a cuestiones socioeconómicas. También sabemos que los hermosos y verdes campos que vemos están sulfatados, abonados, que ya nada es natural aunque sí orgánico pues las plantas metabolizan hasta los productos químicos que les echan. Como analizan los autores de *La construcción de la naturaleza*, José Luis Tirado comparte las aportaciones razonables y radicales del ecologismo como formas de resistencia a las dinámicas de consumo y a las connotaciones sociales y simbólicas que acarrean, constatando, junto a otros pensadores y economistas progresistas, que el mundo rico consume la mayoría de los recursos no renovables del planeta; para parar esta espiral de injusticia es imprescindible plantear la transformación de nuestra sociedad «orientada a la satisfacción de las necesidades "implantadas" de unos pocos, en otra que busque la satisfacción prioritaria de las necesidades vitales de todos». Tirado tiene claro que ante el paradigma de progreso instaurado y con la explotación masiva de las materias primas del planeta, por medio de los que tienen los instrumentos para extraerlas, se ha dado paso a una nueva faceta de colonización ante la cual, como menos, hay que manifestarse, si no rebelarse. Tiene claro que no se puede aceptar dicho paradigma basado en el desarrollismo feroz que acepta el deterioro del medio ambiente como algo inevitable. Por ello, cree que es necesario cambiar nuestras relaciones con la naturaleza, y la explotación de sus recursos, sin que ello suponga rechazar la ciencia y la tecnología. No es la ciencia (no es sospechosa la investigación de energías alternativas, ya sea solar o eólica) sino que, como se analiza en *La construcción de la Naturaleza*, es en «la aplicación de los avances científicos en donde se vislumbra la ideología que los sustenta y los intereses económicos que albergan. Y será en esa aplicación donde se centren las críticas, unas críticas que lo único que pretenden es la reconducción de la tecnociencia hacia otros caminos, no su cuestionamiento irracional». Lo que se cuestiona es «la hegemonía de la tecnociencia aliada al Poder económico como símbolo indiscutible de nuestra era, a la par que se desea recuperar un humanismo que anteponga la diversidad y el equilibrio frente al pensamiento único de la Cultura dominante. ...No se trata de un nuevo fundamentalismo que predique el regreso a formas pretecnológicas como solución a todos los males. Esa vía sólo podría entenderse como un deseo ilusorio de desidentificarse con el presente».

A la salida de un Parque Natural.

Las obras de la colección *Espacio Protegido* exponen una crítica al sistema y parten de ese espíritu, común a otras obras críticas, que pretende introducirse en las grietas del mismo; una excavación pacifista del sistema al modo en que otros artistas —Beuys es paradigma— lo han intentado, dinamizando la eterna cuestión que es el arte. *Espacio Protegido*, a través de formas simbólicas y metafóricas, reclama tanto la autodeterminación del lenguaje científico como del artístico y, con ello, la búsqueda del balance ecológico que existe en la naturaleza, aunque ya no sepamos bien quién es ésta. Las esculturas tienen un carác-

ter tan irónico —en el mismo título de la serie— como revulsivo por la capacidad de evocación y de soñar formas, y con ellas un imaginario que abra nuevas vías de relación con el mundo. Símbolos y metáforas que se extienden como ramas —ya de materiales industriales (hierro) u orgánicos (madera, paja de arroyo)— para plantear necesidades y urgencias de nuestra época.



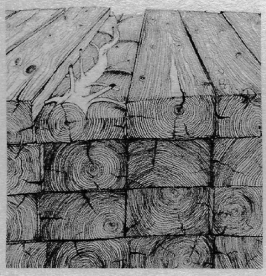
Cercado rural híbrido.

La apreciación socrática del arte como imitación de la naturaleza, perpetuada por la concepción de la filosofía platónica dominante en occidente, instauró el arte como imitación de la realidad, lo cual ha generado grandes teorías estéticas en torno a las relaciones tanto del arte con la naturaleza como de la naturaleza con el artificio. Y en torno al concepto de artificio surgió el cuestionamiento de conceptos como verdad y mentira hasta llegar a la actual crisis de la representación. Como sostienen Albelda y Saborit[11], la naturaleza es una mentira porque siendo una construcción humana, al igual que muchas otras, por presentarse como justo lo contrario, como algo inmanente y no construido por el ser humano, constituye una mentira más flagrante y peligrosa.
Estas contradicciones han sido objeto de juego y subversión a lo largo de la historia del arte; por nombrar sólo algunos ejemplos recordemos el comentario de Philip Otto Runge: «Se busca algo cierto entre la incertidumbre, y no se sabe cómo empezar». Fue la incertidumbre la que creó las nuevas cosmogonías que se desarrollaron con los artistas románticos (Blake, Friedrich, el mismo Runge...). Aprehender lo desconocido a través de la observación minuciosa de lo conocido fue el espíritu que llevó también a Munch o a Klee, a Van Gogh o a Mondrian, a convertir al arte en experiencia. Ya muchos años más tarde la experiencia se materializa literalmente en obra en casos como los de Richard Long; obra paradigmática frente al carácter de autoafirmación de la cultura tecnoindustrial del *Land Art*, obra de una intervención leve en la naturaleza como propuesta de nuevas relaciones con la misma. Artistas que, por utilizar el término de Albelda y Saborit[12], plantean metáforas de la restitución o «la liberación de lo natural desde el fondo mismo del artificio». Podríamos nombrar, junto a Long, y a pesar de las diferentes concepciones de unos y otros, a Hamish Fulton, Ian Hamilton Finlay, Adolf Schlösser, Jorge Barbi, Perejaume, entre otros muchos; obras que reconstruyen «lo natural somo sujeto». De entre ellas, la obra de Giusseppe Penone es ciertamente paradigmática por concebir el hombre como un producto de la naturaleza y «todo lo que hace es naturaleza», proponiendo en su serie de *Árboles*, esculpidos a partir de vigas de madera, la «resurrección formal» del árbol o la reconstrucción de la naturaleza a partir de lo artificial. En esta línea espiral se han llevado a cabo, en los últimos años, diversos ejercicios de aproximación, y de relaciones, de nuevo, entre arte y naturaleza. También otros que, de manera más específica, se centran en lo que podríamos llamar un arte medioambiental —Peter Fend, Fernando Casas y un largo etcétera— que exponen los procesos de alteración constante de la naturaleza y la actuación depredadora del hombre en la misma.

Es la doble vertiente, política y poética, la que articula *Espacio Protegido*, una aproximación a la naturaleza atendiendo, o motivada por, el

lugar como hemos dicho antes. Si bien son esculturas a escala natural que representan árboles, con la posibilidad de presentarlos en espacios naturales, no participan de los lugares comunes de obras que se muestran en muchos programas de arte público, o de arte-naturaleza; en éstos, generalmente, se presentan obras de artistas, más o menos famosos, en un marco natural incomparable (cobrando formas, materiales y escala un gran realce). Creo que no es el marco incomparable sino el «problemático» el que genera obras que puedan entrar en un diálogo con un espacio público. Se trata más bien de que la función crea el órgano, no que el órgano crea la función.

Los troncos y ramas de *Espacio Protegido* están inclinados hacia la crítica tanto como hacia lo lúdico, elevándose en el frágil terreno entre el sueño y la pesadilla, como representa el árbol de tronco de hierro que por copa tiene una raíz de olivo, o la acacia que mantenida por su estructura interior de hierro, muestra evidencias de la ortopedia que se instaura lentamente en nuestros cuerpos y en nuestras almas. Árboles quizás de una época cibernética que patentizan en su lado más positivo el cariño —por no decir la nostalgia ya que puede implicar cierta renuncia— por la naturaleza y el aprendizaje a través de la observación de la misma.



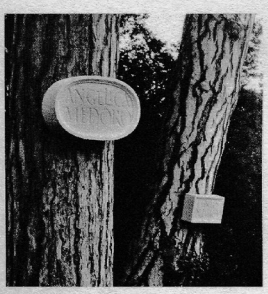
Giusseppe Penone.

Si los niños del futuro conservan ese hábito de desmontar coches, o muñecas, para verles las tripas, quizás se encuentren, cuando se suban a los árboles, con el mismo armazón de los de *Espacio Protegido,* y no puedan saber la edad del árbol, ni sus enfermedades, por sus anillos concéntricos, encontrando sólo una estructura homogénea, impersonal, inocua, tan descafeinada como la naturaleza que el sistema quiere imponer a través del diseño de los espacios protegidos en aras de la sociedad del bienestar. Similar es ya la parafernalia de troncos ensamblados, en un alarde de poder, para proteger un débil árbol como vemos en muchos centros históricos de las ciudades (mientras que en la periferia la basura se acumula en los arriates vacíos construidos en las aceras): diseño con naturaleza de las calles principales, por supuesto diseño homologado o construcciones desde el poder que suplantan a los originales como auténticos y reales espejismos.

José Luis Tirado, a partir de dicha constatación, plantea un juego con los materiales ya industriales u orgánicos, otra vuelta de tuerca en el artificio: el tronco que no sólo oculta y desvela su estructura artificial e industrial sino que además forma un todo con la naturaleza, y todo él es de un material imposible pero tan natural como cualquier otra corteza: la paja. El árbol de paja que puede seguir creciendo a través de su estructura de hierro; la pita de paja que oculta púas que hieren, también de hierro; los cipreses de paja confrontándose a uno de madera que nos hacen preguntarnos por lo «verdadero» a la vez que cuestionan los cánones establecidos de belleza: ¿no parece más feo el ciprés de verdad que los artificiales?

Todas estas obras crean una distancia entre el objeto artístico y lo que de éste se desprende. Es precisamente ese carácter brechtiano, que impregna las esculturas, el que les confiere un tono lúdico dentro del drama que representan. Los cadáveres que en cierta forma son estos árboles —talados, de paja segada, sustentados en el aire, hierro oxidado por savia verde...— nos hablan de la verdad y la mentira, y también

de no aceptar comulgar con ruedas de molino (más ahora que los molinos han sustitudio las ruedas por aspas lacerantes de gran envergadura). La colección de esculturas que creó, anteriormente, *Pisces Maris*, realizadas en piedra (si hemos de atender a las señales que las piedras, como las leyendas, nos enseñan, una de ellas es la capacidad de la naturaleza y del hombre para la transformación y el cambio, a su vez, uno de los motores del conocimiento), era un intento de coleccionar el tiempo que no es sino nuestra memoria histórica o la memoria de la imaginación que, como escribía Italo Calvino, es también memoria. *Espacio Protegido* es también un ejercicio de imaginación, de polisemia, un juego entre naturaleza y artificio, que comparte con la obra de Penone la idea de restituir lo natural a través del proceso de creación, tanto de los árboles como de las piedras traspasadas por las flechas o heridas por los cuchillos. Existe una ambivalencia en las obras, una ambivalencia que está entre la revulsión y la ternura a través del humor. De las obras —naturalezas muertas que muestran la podredumbre— creadas con madera de pino, bambú o paja (la paja de arroyo, o la castañuela, ahora dorada por estar recién segada pronto se irá transformando en sus colores y texturas, transmutándose en muerte) y sustentadas por una estructura no tan perecedera pero que igualmente se deteriora —en óxido de hierro— emerge, en su belleza kitch, juguetona, la armonía ya en las proporciones, las escalas, las secuencias, ya en la manera de tratar las juntas, los cosidos, los remates, elaborados a partir de la minuciosa observación de la naturaleza, de la atención a lo que se nos escapa. Las obras de *Espacio protegido* están creadas desde el análisis y la recreación en las formas, sin olvidar la capacidad de emocionar; guardan un equilibrio inquietante como el de la misma fealdad que emerge del ciprés, que pelado y seco es lo único natural de una composición, o artificio, formada por otros tres cipreses de estructura y base de hierro y tronco de paja. Híbridos entre el concepto y la sorpresa, entre el sueño y la pesadilla que se desprende también de la naturaleza.



Adolfo Schlösser.
Ian Hamilton Finlay.

1. 3.000 aerogeneradores suman el total de los proyectos en la zona.
2. Endesa/Sevillana, Abengoa, Wind Ibérica, Energytec, Daimler-Benz-Aerospace, etc.
3. Félix Guattari. *Las tres ecologías*. Pretextos, Valencia 1991.
4. Ramón Margalef. *Ecología*. Ediciones Omega, Barcelona 1974.
5. «Algunos pajaritos hacen más ruido que esas máquinas», declaraciones del portavoz para asuntos energéticos de Ecologistas en Acción. El País 6 abril 1999.
6. Manuel Rivas. «La esfinge de Medio Ambiente». El País Semanal, Madrid 1999.
7. El País, sección ecología, 28 marzo 1999.
8. Michel Serres. *El contrato natural*. Pretextos, Valencia 1991.
9. Homenaje y deuda con «Noes», en *Avisos para el derrumbe* de Agustín García Calvo. Editorial Lucina, Zamora 1998. Expuestos en *Tendida al sol*, Baluarte de la Candelaria, Cádiz, julio 1998.
10. José Albelda/José Saborit. *La construcción de la naturaleza*. Direcció General de Promoció Cultural, Museus i Belles Arts, Conselleria de Cultura, Educació i Ciència, Generalitat Valenciana 1997.
11. J. Albelda/J. Saborit, op. cit.
12. J. Albelda/J. Saborit, op. cit.